

CERVANTES SOLDADO DE LA INFANTERÍA ESPAÑOLA

Manuel FERNÁNDEZ NIETO¹

RESUMEN

Miguel de Cervantes, en Italia, ingresó en 1570 como soldado de Infantería en una de las compañías que conformaban los tercios españoles que, ya en Sicilia, Nápoles o en Flandes, intervenían en la defensa de los territorios integrados en la Corona de España. Como del resto de la vida del escritor, de su etapa de soldado de Infantería (1570-1575) tenemos pocos datos, pero los suficientes para reconstruir los años en que recorre el Mediterráneo participando en distintas campañas bélicas bajo el mando supremo de don Juan de Austria. Se recogen en este artículo los documentos que aluden a su actividad militar y los textos de sus obras en los que recuerda y analiza este momento.

PALABRAS CLAVE: Cervantes soldado de Infantería, héroe de Lepanto, campañas de Navarino y Túnez, miembro de los tercios de Nápoles y Sicilia.

ABSTRACT

In Italy, Miguel de Cervantes joined the Spanish Army in 1570 as an infantry soldier in one of the companies that formed the Spanish regi-

¹ Manuel Fernández Nieto, catedrático de Literatura Española (Cervantes y el Quijote) de la Universidad Complutense de Madrid, ha publicado diversos trabajos sobre Miguel de Cervantes que abarcan desde las biografías a la ruta y los mapas del Quijote, también ha realizado ediciones del teatro cervantino y del Quijote y trabajos de investigación en torno al «lugar de la Mancha».

ments which, in Sicily, Naples or Flanders, took part in the defense of the territories integrated in the Spanish Crown. As for the rest of the life of the writer, there are not many data about this period, which lasted from 1570 to 1575. However, there is enough information to reconstruct the years when Cervantes went through the Mediterranean Sea participating in different campaigns under the orders of don Juan de Austria. This article gathers the documents that deal with the military activities of the writer and the texts of his writings, where he recalls and analyzes this period.

KEY WORDS: Cervantes infantry soldier, hero in Lepanto Battle, Navarino and Tunisia campaigns, member of the regiments in Naples and Sicily.

* * * * *

Miguel de Cervantes, en contraste con otros escritores de su tiempo que tuvieron biografía, elogios y primeros estudios poco después de su muerte, no suscitó el interés de sus contemporáneos. Un silencio inicial se cierne sobre el autor de *El Quijote*, pese a la fama y el reconocimiento que obtuvo con su obra. Desde el siglo XVIII, y hasta nuestros días, sus biografías se redactarán a partir de los pocos datos fehacientes que nos han llegado unidos a la información que nos facilita a lo largo de sus escritos. Uno de los pocos períodos de su vida que tenemos documentado es su etapa como soldado de Infantería en los famosos tercios españoles de guarnición inicialmente en tierras italianas, que combatían tanto en tierra como embarcados, en Italia, en el escenario Mediterráneo, o en el norte de Europa, tal como atestigua el dicho del siglo XVI: «España mi natura, Italia mi ventura, Flandes mi sepultura».

Cómo y por qué decide Cervantes dejar Madrid e instalarse en Roma es otra de las incógnitas no resueltas, pero que nos interesa indagar, dadas las diferentes interpretaciones que se han suscitado, teniendo en cuenta que es el lugar y momento en que se inicia en la profesión militar. Ateniéndonos a las relaciones conservadas, sabemos que el 22 de diciembre de 1569 se expide en Madrid una certificación de limpieza de sangre, firmada por el licenciado Duarte de Acuña, a petición de Rodrigo de Cervantes y a favor de su hijo Miguel, entonces residente en Italia. Ignoramos, pues no se hace constar, si el documento lo necesita para acceder al servicio del arzobispo o para ingresar

en los tercios.² Por la siguiente frase, de la dedicatoria de *La Galatea*, dirigida a Ascanio Colonna, «[...] oí muchas veces decir de V. S. Ilustrísima al cardenal de Acquaviva, siendo yo su camarero en Roma [...]», se ha repetido con frecuencia que pudo salir de España al servicio de este prelado, venido a la corte como legado pontificio para dar el pésame de Pío V a Felipe II por la muerte del príncipe don Carlos; pero el hecho es que no aparece como criado del, más adelante, cardenal hasta varios meses después.

La partida del escritor de su casa y patria se justifica si aceptamos un documento del Archivo de Simancas, publicado con muchas reservas por Jerónimo Morán, en el cual el 15 de septiembre de 1569 se ordena detener a Miguel de Cervantes por haber herido a un tal Antonio de Sigura y se le condena a que «con vergüenza pública le fuese cortada la mano derecha y destierro de nuestros reinos por tiempo de diez años».³ La hipótesis de un Cervantes fugitivo de la justicia por una pelea callejera ha sido rechazada por numerosos estudiosos del autor de *El Quijote* pues piensan que va en su desdoro; sin embargo en la época no eran infrecuentes estas disputas y escritores como Hurtado de Mendoza, Quevedo o Calderón se vieron envueltos en pleitos por causas similares. Estas vivencias quizás se recojan en una de sus comedias, *El gallardo español*, en la cual Margarita se refiere a un lance de Fernando de Saavedra, personaje casi homónimo de Miguel, diciendo: «Quedé, si mal no me acuerdo,/ en una mala respuesta/ que dio mi bizarro hermano/ a un caballero de prendas,/ el cual, por satisfacerse,/ muy mal herido le deja./ Ausentose y fuese a Italia,/ según después tuve nuevas [...]». Astrana Marín llega a reconstruir el itinerario seguido por nuestro autor desde Sevilla, donde se hallaba en el otoño de este año, hasta Roma utilizando algunos textos de las *Novelas ejemplares* y el *Persiles*.⁴

En fecha más reciente el ilustre cervantista don Alberto Sánchez piensa que es poco probable que un alguacil de Madrid, como es el caso de Alonso Getino de Guzmán, testificase en el citado escrito a favor de un fugitivo de la justicia por lo que sospecha otra causa para justificar la presencia de Miguel en Italia. Esta, según se ha apuntado, pudo ser el posible parentesco de los Cervantes complutenses con el cardenal don Gaspar de Cervantes y Gaete, nacido en Trujillo, Cáceres, en 1511 y muerto en su sede episcopal

² Pérez Pastor, C.: *Documentos cervantinos hasta ahora inéditos*, Madrid: Establecimiento Tipográfico de Fortanet, 1902, vol. II, págs. 11-16.

³ Morán, G.: *Vida de Miguel de Cervantes Saavedra*, Madrid: Imprenta de Segundo Martínez, 1867, págs. 134-135.

⁴ Cervantes Saavedra, M. de: *El gallardo español*, edición, introducción y notas de Florencio Sevilla Arroyo y Antonio Rey Hazas, Madrid: Alianza, 1997, págs. 105-106; y Astrana Marín, L.: *Vida ejemplar y heroica de Miguel de Cervantes Saavedra*, Madrid: Instituto editorial Reus, 1949, vol. II, págs.197-217.

de Tarragona en 1575, aunque residente en aquellas fechas en Roma a donde acudiría el escritor en busca de protección hallándola bien en su casa o, por su mediación, en la de Julio Acquaviva, a quien como reconoce sirvió; ahora bien, resulta muy extraño que el escritor, que tantas penalidades y sinsabores sufrió a lo largo de su vida, nunca aludiera a tan ilustre familiar para evitar algunos de sus problemas. Otra opción, difícil de comprobar, es que nuestro autor se trasladara a Italia impulsado por los muchos atractivos, culturales y profesionales, que brindaban estas tierras.⁵ El poco tiempo que permaneció el escritor al servicio del cardenal le permitió observar personajes, vida y costumbres de un gran palacio, con sus grandezas y miserias, y, tal vez, algunas de estas vivencias estén recogidas en episodios de sus novelas.

Dejando aparte las posibilidades expuestas, los hechos nos indican que para un hombre de acción, como demostró ser Cervantes a lo largo de su vida, en Italia encontraba la mejor de las oportunidades para medrar en la profesión militar, comenzando, como era habitual en la época, como soldado. El propio escritor en *El Quijote*, en la historia del capitán cautivo (I, 39), recoge el refrán que dice:

«Iglesia o mar o casa real», como si más claramente dijera: «Quien quisiere valer y ser rico siga o la Iglesia o navegue, ejercitando el arte de la mercancía, o entre a servir a los reyes en sus casas [...] Digo esto porque querría y es mi voluntad que uno de vosotros siguiese las letras, el otro la mercancía, y el otro sirviese al rey en la guerra, pues es dificultoso entrar a servirle en su casa; que ya que la guerra no dé muchas riquezas, suele dar mucho valor y mucha fama».

Esta parece ser la verdadera razón por la cual Cervantes, fugitivo o no, decide dejar su entorno y comenzar una nueva vida. Además en Italia, a partir de las campañas militares contra el Ejército francés encabezadas por Gonzalo Fernández de Córdoba, el Gran Capitán, se habían creado los tercios españoles que suponían un cambio drástico en la organización militar pues en lugar de los poblados y lentos batallones⁶ se formaron unidades de

⁵ Billi di Sandorno, A.: «El cardenal Gaspar de Cervantes y Gaete, ignorado protector de Miguel de Cervantes Saavedra», en *Anales Cervantinos*, II, 1952, págs. 337-358; López Navío, J.: «Un documento inédito sobre Cervantes», en *Anales Cervantinos*, IX, 1961-62; y Sánchez, A.: «Estado actual de los estudios biográficos», en *Suma cervantina*, edit. por J. B. Avalle-Arce y E. Riley, Londres: Tamesis Books, 1973, págs. 3-24. Sobre este período de la vida de Cervantes escribió Fernando Arrabal un libro titulado *Un esclavo llamado Cervantes*, Madrid: Espasa, 1996, verdadero alarde de fantasía.

⁶ A finales del siglo xv y principios del xvi, la batalla y el batallón eran nombres de unidades y de formaciones de combate de milicias o reserva que desaparecieron del vocabulario militar

soldados profesionales, denominados tercios, divididos a su vez en compañías, mucho más operativos en las campañas bélicas por su capacidad de maniobra y acción.

Otras referencias cervantinas que aluden a estos primeros momentos de su vida de soldado las encontramos en algunas de sus *Novelas ejemplares*. En *Las dos doncellas*, preguntado un personaje de dónde era y adónde se encaminaba: «[...] Dijo que venía de Sevilla y que su designio era pasar a Italia a probar ventura en el ejercicio de las armas, como otros muchos españoles acostumbraban [...]», y tras narrar su infortunio al caer en manos de unos bandoleros concluye: «[...] quise venirme a Italia, como os he dicho, y seguir el camino de la guerra, por quien vienen, según he visto, a hacerse ilustres aun los de oscuro linaje».⁷ En boca de Berganza en *El coloquio de los perros*, vuelve Cervantes a recordar su época de soldado cuando cuenta el perro que, huyendo de uno de sus amos:

«Quiso mi buena suerte que hallé allí una compañía de soldados que, según oí decir, se iban a embarcar a Cartagena. Estaban en ella cuatro rufianes de los amigos de mi amo, y el atambor era uno que había sido corchete, y gran chocarrero, como lo suelen ser los más atambores. Conociéronme todos y todos me hablaron [...] pero el que más afición me mostró fue el atambor, y así, determiné de acomodarme con él, si él quisiere, y seguir aquella jornada aunque me llevase a Italia o a Flandes».⁸

Más explícito se muestra el escritor en *El licenciado Vidriera* cuando por boca de este narra su experiencia:

«Y al bajar de la cuesta de la Zambra, camino de Antequera, se topó con un gentilhombre a caballo, vestido bizarramente de camino, con dos criados también a caballo. Juntóse con él y supo como llevaba su mismo viaje. Hicieron camarada, departieron de diversas

como tales hasta el siglo xviii. Voz «batallón». Almirante, J.: *Diccionario militar*, 1872; reedición MINISDEF, 1989.

⁷ Cervantes Saavedra, M. de: *Novelas ejemplares*, Barcelona: Crítica, 2001, págs. 455, 457 y 584 respectivamente.

⁸ Los atambores y pítaros o pífanos eran soldados necesarios en los tercios y compañías, pese a ser poco considerados entre la gente de la milicia, tal vez por ese carácter socarrero o picaresco que señala Cervantes. Sancho de Londoño en *El Discurso sobre la forma de reducir la disciplina militar...*, folio 15, describe su labor como imprescindible: «porque demás de levantar los ánimos de la gente con ellos, se les dan las órdenes que no se oirían ni entenderían a boca ni de otra manera. Por eso conviene que los atambores sepan tocar todo lo necesario, como recoger, caminar, dar arma, baterías, llamar, responder, adelantar, parar, echar bandos [...]».

cosas, y a pocos lances dio Tomás muestras de su raro ingenio; y el caballero las dio de su bizarria y cortesano trato. Y dijo que era capitán de infantería por su majestad, y que su alférez estaba haciendo la compañía por tierra de Salamanca. Alabó la vida de la soldadesca; pintóle muy al vivo la belleza de la ciudad de Nápoles, las holguras de Palermo, la abundancia de Milán, los festines de Lombardía, las espléndidas comidas de las hosterías; [...] Puso las alabanzas en el cielo de la vida libre del soldado, y de la libertad de Italia. Pero no le dijo nada del frío de las centinelas, del peligro de los asaltos, del espanto de las batallas, de la hambre, de los cercos, de la ruina de las minas, con otras cosas deste jaez que alguno las toman y tienen por añadiduras del peso de la soldadesca, y son la carga principal della. En resolución, tantas cosas le dijo y tan bien dichas que la discreción de nuestro Tomás Rodaja comenzó a titubear, y la voluntad a aficionarse a aquella vida que tan cerca tiene la muerte. El capitán, que don Diego de Valdivia se llamaba, contentísimo de la buena presencia, ingenio y desenvoltura de Tomás, le rogó que se fuese con él a Italia si quería, por curiosidad de verla; que él le ofrecía su mesa, y aún si fuese necesario, su bandera, porque su alférez la había de dejar presta».⁹

No es nada sorprendente, por tanto, la decisión del escritor de acudir a Italia para seguir la carrera militar y más teniendo en cuenta el prestigio y fama que habían adquirido, con toda razón, los tercios españoles destacados en el ducado de Milán, en Lombardía, y en los reinos de Nápoles y Sicilia. La llegada de Cervantes a Roma se produce en el momento en que la situación en el Mediterráneo ha empeorado al romper los turcos su tregua con Venecia e iniciar su reivindicación sobre la isla de Chipre hasta conseguirla por la fuerza; además los piratas berberiscos afines, provenientes de Trípoli, Túnez, Argel y Fez impiden la navegación y atacan las costas cristianas, especialmente las españolas, con el constante peligro de vidas y haciendas. En *El Quijote* (I, 39) también se alude a este momento cuando dice el capitán cautivo:

«[...] y a cabo de algún tiempo que llegué a Flandes, se tuvo nuevas de la liga que la Santidad del papa Pío Quinto, de felice recordación, había hecho con Venecia y con España, contra el enemigo común, que es el turco, el cual en aquel mismo tiempo había ganado con su armada la famosa isla de Chipre, que estaba debajo del domi-

⁹ Cervantes Saavedra, M. de: *Novelas ejemplares*, págs. 268-269.

nio de los venecianos, y fue pérdida lamentable y desdichada. Súpose cierto que venía por general de esta liga el serenísimo don Juan de Austria, hermano natural de nuestro buen rey don Felipe; divulgóse el grandísimo aparato de guerra que se hacía, todo lo cual me incitó y conmovió el ánimo y el deseo de verme en la jornada que se esperaba; y aunque tenía barruntos, y casi premisas ciertas, de que en la primera ocasión que se ofreciese sería promovido a capitán, lo quise dejar todo y venirme, como me vine a Italia [...]».

La referencia es verdadera puesto que la guerra de Chipre se inicia en julio de 1570 y en septiembre cae en poder turco la capital, Nicosia, lo cual aceleró la creación de la denominada Santa Liga entre el Papa, España y Venecia.

La confederación empieza a organizarse a principios del verano de 1570, cuando Miguel ya se halla al servicio de monseñor Acquaviva y, por su relación con el cardenal, estaría al tanto de todos los problemas y desconfianzas que se suscitaban entre los aliados y de la oportunidad tan especial que ofrecía esta ocasión para entrar en la milicia. Por ello se supone que a fines del verano de este año ya está alistado en una de las compañías españolas de Infantería de guarnición en Nápoles, en esas fechas muy activas, esperando intervenir de inmediato para detener la amenaza que supone para la cristiandad el avance turco.¹⁰ El nueve de septiembre los turcos se apoderan de Nicosia, la capital de la isla de Chipre, entonces en poder de la República de Venecia, organizándose una flota cristiana para su recuperación. Cervantes, según insinúa, participó en esta expedición. Sería por tanto este su primer hecho de armas en el que intervino. El principio de su novela *El amante liberal* recoge el vigoroso lamento del cautivo Ricardo por la caída de la ciudad que el escritor pudo conocer hallándose ya de guarnición en Sicilia. Entre las tropas se difundiría la noticia de la destrucción de Nicosia y la crueldad con que los asaltantes turcos trataron a los defensores cristianos allí atrapados, relatos que debieron de impresionar al escritor que con gran realismo los incluye en su novela; toda la acción de *El amante liberal* se basa en datos, tal vez leídos u oídos, pero especialmente vividos por él a lo largo de sus campañas militares tanto terrestres como marítimas. Del conjunto de las obras de Cervantes esta es la que mejor esboza los pormenores de la vida

¹⁰ Desconocemos la fecha exacta del ingreso de Cervantes como soldado en el tercio napolitano. El testimonio del alférez Santisteban, más adelante reproducido y realizado en 1578, alude a 1570 y en la compañía de Diego de Urbina, aunque este no fue a Nápoles hasta el año siguiente, por tanto el escritor debió entrar en otra, sin que podamos especificar el nombre de su capitán.

marinera que conoció como soldado de Infantería a bordo de las galeras de Sicilia: la navegación de los bajeles turcos, el relato de la tormenta y los afa-nes del arráez para gobernar la nave son presentados con gran realismo. En general se traslucen en todas las descripciones de este relato sus recuerdos personales derivados de la observación directa de los hechos que narra. La atinada crítica de Azorín ante estas páginas apunta: «Cervantes nos da en *El amante liberal* una sensación honda del mar claro y azul. El hombre que escribe estas páginas lleva en sus ojos la visión del Mediterráneo, del Tirreno, del Adriático, Nicosia, Chipre, Corfú, Malta, ¡cómo estos nombres suenan gratamente en los oídos de este hombre nacido en el centro de España». ¹¹

Por distintas desavenencias entre los coaligados el inicio de la campaña se retrasa, mientras su hermano, Rodrigo de Cervantes, se incorpora también a las tropas y hasta agosto de 1571 no llega don Juan de Austria a su destino para ponerse al frente de la Armada como generalísimo de la liga. También en *El Quijote* (I, 39) se describe este momento: «[...] y quiso mi buena suerte que el señor don Juan de Austria acababa de llegar a Génova, que pasaba a Nápoles a juntarse con la armada de Venecia, como después lo hizo en Mecina». ¹² Miguel de Cervantes, en septiembre de 1571, junto con Rodrigo, se halla en el tercio de Miguel de Moncada y en la compañía de Diego de Urbina; ambos hermanos se embarcarán en la galera *Marquesa*, mandada por Francisco de Sancto Pietro, con rumbo hacia la actual isla de Corfú, en el Mediterráneo oriental. La escuadra cristiana llevaba en vanguardia las naves de Doria, el cuerpo central lo formaban la capitana de don Juan de Austria a la que flanqueaban, a la derecha, la del pontífice mandada por Marco Antonio Colonna y, a la izquierda, la de Venecia mandada por Sebastián Veniero junto con las de Saboya, Malta y Génova. Pero nos interesa especialmente el escuadrón tercero, situado a la izquierda, dirigido por el veneciano Agustín Barbarigo que junto con naves de Venecia y otros lugares formaban parte de él dos galeras de Doria: la *Marquesa* y la *Fortuna*, en la primera de ellas se hallaba como soldado de Infantería Miguel de Cervantes.

La razón de la presencia de tropas españolas en la escuadra veneciana, según comunica en carta (fecha en Mesina a 25 de agosto de 1571) el propio don Juan de Austria a D. García de Toledo, se produjo porque: «Hallé aquí a Marco Antonio de Colona con las doce galeras de su Santidad, que están a su cargo, bien en orden; asimismo hallé a Sebastián Vernier, general de la armada de los venecianos, con cuarenta y ocho galeras, seis galeazas y

¹¹ Azorín: *Al margen de los clásicos*, Madrid: Residencia de Estudiantes, 1915, pág. 110.

¹² La referencia de Cervantes es cierta, el 18 de julio de 1571 zarpó de Barcelona la flota mandada por don Juan y arribó a Génova el 26, partió a Nápoles el 6 de agosto y desde allí a Mesina, en Sicilia, donde llegó el día 24.

dos naves; éstas no están tan en orden cuanto yo quisiera y fuera necesario [...] Hame certificado el dicho general que muy en breve se esperan otras sesenta galeras que tienen en Chipre». En carta del 30 del mismo mes precisa don Juan: «Las galeras de venecianos comencé a visitar ayer y estuve en su capitana: no podrá creer vmd. cuan mal en orden están de gente de pelea y marineros (distingue entre los soldados de Infantería que eran los que luchaban y los marineros, encargados del funcionamiento de las naves). Armas y artillería tienen pero como no pelean sin hombres póneme de congoja ver que el mundo me obliga a hacer alguna cosa de momento, contando las galeras por número y no por cualidad», y en posdata insiste: «Quiero añadir al mal recado en que vienen venecianos otro peor, que es no traer ningún género de orden, antes cada galera tira por do le parece: vea vmd qué gentil cosa para su solicitud en que combatamos». Dada esta situación que todavía es peor cuando llegan las galeras desde Chipre, don Juan, pese a la resistencia de los venecianos que argumentan que ellos no eran transportistas de tropa, decide que embarquen en sus naves cuatro mil soldados de Infantería, dos mil quinientos españoles y mil quinientos italianos, tropas de los tercios de España, y además refuerza la escuadra para mayor eficacia, como así fue, con las dos galeras *Marquesa* y *Fortuna*.¹³

La flota turca es avistada en el golfo de Lepanto, hoy de Corinto, y la *Marquesa* se coloca delante en el lugar de mayor peligro. Nuestro escritor tenía en ese momento fiebre por lo que su capitán le ordena que se abstenga de combatir pero él, consciente de la importancia de aquella jornada, pide participar en la lucha. Sabemos del rigor de la contienda en la cubierta de la *Marquesa* por Juan Bautista Villanueva, uno de los soldados de Infantería compañero de Cervantes, que informa en 1582, ante el gobernador de Valencia, que en la batalla de Lepanto:

«Se halló presente [...] yendo por soldado en la dicha compañía y en la galera llamada Marquesa de Joan Andrea Doria y en la escuadra de Agustín Barbarico, veneciano, general de dicha escuadra, donde peleó siempre como buen soldado con un arcabuz estando junto a la proa de la dicha galera haciendo su oficio como buen soldado y peleando como era razón mientras duró toda la pelea y hasta que fueron vencidos los turcos (y que estos) Mataron más de cuarenta hombres (incluido el capitán Sancto Pietro), y hubo en ella muy grande batería y murió el dicho Agustín Barbarico el general de

¹³ Fernández de Navarrete, M.: *Vida de Miguel de Cervantes Saavedra*, Madrid: Imprenta Real, 1819, págs. 290 y 291.

dicha escuadra y otros muchísimos soldados y este proponente fue herido en la espalda de una flecha».

«Dice que la dicha escuadra del dicho Barbarico en la cual estaba la dicha Marquesa [...] al tiempo de pelear y embestir con la dicha armada turquesca tomó la parte de tierra para encontrar como encontró con dicha armada a la parte siniestra donde hubo la mejor y más fuerte batalla y pelea con los turcos y armada y donde más gente murió y así es verdad [...] y donde es cierto que la gente y soldados de las galeras no estaban ociosos, sino que todos meneaban las manos y se cumplía así porque los enemigos eran muchos y diestros en pelea naval».¹⁴

Miguel de Cervantes nos recuerda este momento con orgullo a lo largo de sus obras: «Digo, en fin, que yo me hallé en aquella felicísima jornada [...] Y aquel día, que fue para la cristiandad tan dichoso, porque en él se desengañó el mundo y todas las naciones del error en que estaban, creyendo que los turcos eran invencibles por el mar: en aquel día, digo, donde quedó el orgullo y soberbia otomana quebrantada [...]» (*El Quijote*, I, 39). En el prólogo de las *Novelas ejemplares*, en 1613, al realizar su retrato, tras una semblanza física, hace relación de sus obras literarias y con legítima arrogancia deja claro su oficio y comportamiento en tal ocasión:

«[...] Fue soldado muchos años, y cinco y medio cautivo, donde aprendió a tener paciencia en las adversidades. Perdió en la batalla naval de Lepanto la mano izquierda de un arcabuzazo, herida que, aunque parece fea, él la tiene por hermosa, por haberla cobrado en la más memorable y alta ocasión que vieron los pasados siglos, ni esperan ver los venideros, militando debajo de las vencedoras banderas del hijo del rayo de la guerra, Carlo Quinto, de felice memoria».¹⁵

De nuevo vuelve a recordar la jornada de Lepanto en su poema *Viaje del Parnaso*:

«Arrojóse mi vista a la campaña
rasa del mar, que trujo a mi memoria
del heroico Don Juan la heroica hazaña,

¹⁴ Torres, J. M.ª: «Aclaraciones a la vida de Cervantes», en *Revista de Valencia*, noviembre-diciembre de 1880, págs. 5-8; e «Información de testigos hecha por Juan Bautista Villanueva...», págs. 48-56.

¹⁵ Cervantes Saavedra, M. de: *Novelas ejemplares*, op. cit., pág. 17.

donde, con alta de soldados gloria
y con propio valor y airado pecho,
tuve, aunque humilde, parte en la victoria.
Allí, con rabia y con mortal despecho
el otomano orgullo vio su brío
hollado y reducido a poder estrecho.».

Y pone en boca del dios Mercurio el encarecimiento de su valor y el reconocimiento de sus heridas:

«Que, en fin, has respondido a ser soldado
antiguo y valeroso, cual lo muestra
la mano de que estás estropeado.
Bien sé que en la naval dura palestra
perdiste el movimiento de la mano
izquierda, para gloria de la diestra.».¹⁶

Por último, Cervantes en el prólogo de la segunda parte de *El Quijote* en respuesta al de *El Quijote apócrifo* de Alonso Fernández de Avellaneda (Tarragona, 1614), en donde este se burla de su edad y de su manquera, vuelve con toda justicia a vanagloriarse diciendo:

«Lo que no he podido dejar de sentir es que me note de viejo y de manco, como si hubiera sido en mi mano haber detenido el tiempo, que no pasase por mí, o si mi manquedad hubiera nacido en alguna taberna, sino en la más alta ocasión que vieron los siglos pasados, los presentes, ni esperan ver los venideros. Si mis heridas no resplandecen en los ojos de quien las mira, son estimadas a lo menos en la estimación de los que saben dónde se cobraron: que el soldado más bien parece muerto en la batalla que libre en la fuga, y es esto en mí de manera, que si ahora me propusieran y facilitar un imposible, quisiera antes haberme hallado en aquella facción prodigiosa que sano ahora de mis heridas sin haberme hallado en ellas. Las que el soldado muestra en el rostro y en los pechos, estrellas son que guían a los demás al cielo de la honra, y al de desear la justa alabanza; y hase de advertir que no se escribe con las canas, sino con el entendimiento, el cual suele mejorarse con los años».

¹⁶ Cervantes Saavedra, M. de: *Viaje del Parnaso*, edición y comentarios de M. Herrero García, Madrid: CSIC, Clásicos Hispánicos, 1983, cap. I, págs. 220-222.

El valor demostrado por el escritor el día 7 de octubre de 1571 en la conocida como batalla de Lepanto, será ratificado por los alféreces Mateo de Santisteban y Gabriel de Castañeda. Testimonia el primero que:

«[...] Habrá ocho años poco más o menos, este testigo vio y comenzó a conocer al dicho Miguel de Cervantes, que fue el día que el señor don Juan, dio batalla a la armada del turco, en la mar, a las bocas de Lepanto y entonces podía ser de edad, el dicho Miguel de Cervantes, de hasta veintidós o veintitrés años, y ahora podrá tener treinta años o treintaiún años, poco más o menos: y que el dicho día de la batalla que el dicho señor don Juan de Austria, dio a la armada turquesca, este día vio que el dicho Miguel de Cervantes sirvió en la dicha batalla, y era soldado de la compañía del capitán Diego de Urbina en la galera “Marquesa” de Juan Andrea Doria, en el cuerno de tierra; y que un año antes, había, que el dicho Miguel de Cervantes servía en la dicha compañía, porque lo vio asimismo este testigo; en el cual dicho tiempo y batalla, vio este testigo, que el dicho Miguel de Cervantes, de la dicha batalla naval salió herido de dos arcabuzazos en el pecho, y en una mano izquierda o derecha, de que quedó estropeado de la dicha mano; y este testigo vio que el dicho Miguel de Cervantes sirvió en la dicha batalla a su majestad, como buen soldado; porque este testigo se halló presente asimismo, por ser soldado de la misma compañía.

IV A la cuarta pregunta del dicho interrogatorio dijo: que sabe y es verdad, que cuando se reconoció el armada del turco, en dicha batalla naval, el dicho Miguel de Cervantes estaba malo y con calentura y su capitán y este testigo, y otros muchos amigos suyos, le dijeron que *pues estaba enfermo y con calentura, que se estuviese quedo, abajo en la cámara de la galera*, y el dicho Miguel de Cervantes respondió *que qué dirían de él, y que no hacia lo que debía y que más quería morir peleando por Dios y por su Rey, que no meterse so cubierta e que su salud era lo de menos; y así vio este testigo que peleó como valiente soldado, con los dichos turcos en la dicha batalla en el lugar del esquife, como su capitán le mandó y le dio orden con otros soldados; y acabada la batalla, como el señor don Juan supo y entendió cuán bien lo había hecho y peleado el dicho Miguel de Cervantes, le acrecentó y le dio cuatro ducados más de su paga; y este testigo lo sabe por lo haber visto por vista de ojos y por haber sido soldado con el dicho Miguel de Cervantes en una capitania».*¹⁷

¹⁷ Sliwa, K.: *Documentos de Miguel de Cervantes Saavedra*, Pamplona: Eunsa, 1999, págs. 50 y 51, documento fechado el 20 de marzo de 1578. Actualizo la ortografía y añado la cursiva.

Otro de los allí presentes, el alférez Gabriel de Castañeda, añade nuevos datos:

«Este testigo sabe que el dicho Miguel de Cervantes ha servido a su majestad en todas las ocasiones de guerra que se han sucedido, así en la batalla naval que tuvo el señor don Juan en la batalla turquesa, como en las demás partes y lugares que se han ofrecido, así en la Goleta como en otras partes que ha habido ocasión; porque este testigo lo ha visto y conoció en la dicha armada y guerra naval y en la Goleta de los siete años a esta parte poco más o menos que le conoce [...].

IV [...] dijo: que sabe este testigo y vio que al tiempo y sazón que se reconoció la armada del turco por nuestra armada española, el dicho Miguel de Cervantes estaba malo con calentura, y este testigo vio que su capitán y otros amigos suyos le dijeron, “que pues estaba malo, no pelease y se retirase y bajase debajo de cubierta de la dicha galera, porque no estaba para pelear”, y entonces vio este testigo que el dicho Miguel de Cervantes respondió al dicho capitán y a los demás que le habían dicho lo susodicho, muy enojado, “señores, *en todas las ocasiones que hasta hoy en día se han ofrecido de guerra a su Majestad y se me ha mandado, he servido muy bien, como buen soldado; y así ahora no haré menos aunque esté enfermo y con calentura; más vale pelear en servicio de Dios y de su majestad y morir por ellos, que no bajarme so cubierta*”, y *que el capitán lo pusiese en la parte y lugar que fuese más peligrosa y que allí estaría y moriría peleando, como dicho tenía, y así el dicho capitán le entregó el lugar del esquife con doce soldados, a donde vio este testigo que peleó muy valientemente, como buen soldado, contra los dichos turcos, hasta que se acabó la dicha batalla, de donde salió herido en el pecho de un arcabuzazo, y de una mano de que salió estropeado; y sabido por el señor don Juan cuán bien lo había hecho, le acrecentó cuatro o seis escudos de ventaja de más de su paga; y esto sabe este testigo por haberse hallado presente en la dicha armada y haberlo visto[...]*».¹⁸

Hasta Lope de Vega, el gran dramaturgo y enemigo literario de Cervantes, reconoció en unos versos de su poema *Laurel de Apolo* (Juan González, Madrid, 1630) el heroísmo del autor de *El Quijote*:

¹⁸ Sliwa, K.: *Documentos de Miguel de Cervantes Saavedra, op. cit.*, págs. 51 y 52, documento fechado el 20 de marzo de 1578, actualizo la ortografía. Astrana Marín, L.: *op. cit.*, II, págs. 324 y 325; Penna, M.: «El lugar del esquife», en *Appunti cervantini, Annali della Facoltà di Lettere...*, Università di Perugia, II, 1964-65.

«En la batalla donde el rayo austrino,
hijo inmortal del águila famosa,
ganó las hojas del laurel divino
al rey del Asia en la campaña undosa,
la fortuna envidiosa
hirió la mano de Miguel Cervantes
pero su ingenio, en versos de diamantes,
los del plomo volvió con tanta gloria,
que por dulces, sonoros y elegantes,
dieron eternidad a su memoria,
porque se diga que una mano herida
pudo dar a su dueño eterna vida.».

Cervantes luchó, por tanto, denodadamente en esta batalla y, aunque resultó herido, no perdió el brazo sino solo el movimiento de la mano izquierda, tuvo la dicha de ver el triunfo de la Santa Liga contra el dominio turco y afianzar por su arrojo y valentía su oficio de soldado de Infantería de los tercios españoles.¹⁹

La mañana siguiente de la batalla, el 8 de octubre, don Juan pasó revista a las tripulaciones y combatientes, confortó a los heridos entre ellos al escritor cuya heroica acción le fue narrada y allí mismo mandó que se le acrecentase la paga de soldado en tres escudos más al mes.²⁰ El 30 de octubre la escuadra victoriosa de Lepanto llegó de regreso a Mesina en cuyo hospital quedaron ingresados los enfermos, entre ellos Miguel de Cervantes, a los que de nuevo volvió a visitar y dar ánimo don Juan quien incluso mandó al médico general de la flota, el doctor Gregorio López Madera, que asistiese personalmente a todos los soldados damnificados que con desprecio de su vida habían contribuido de forma especial a la victoria sobre el turco. Una vez recuperado, nuestro escritor se debió trasladar a Rijols (¿Reggio?), en Calabria, donde se hallaba invernaendo la compañía de Urbina, según el testimonio de su compañero Juan Bautista Villanueva, antes citado. En los primeros meses de 1572, dados los informes favorables al escritor, se conceden varias gratificaciones por sus servicios: el 15 de enero se le dio «cedula de veinte ducados de ayuda de costa a Miguel de Cervantes». El 23 del mismo mes, en el «Cuaderno de gastos secretos y extraordinarios del

¹⁹ López Alonso, A.: *Cervantes: manco y bien manco*, Alcalá de Henares: Publicaciones de la Universidad de Alcalá, 1997, donde realiza un informe médico sobre las heridas sufridas por nuestro autor. Sobre la importancia y pormenores de la batalla de Lepanto puede verse la relación bibliográfica de Astrana Marín, L.: *op. cit.*, págs. 337-339.

²⁰ En la información hecha por su padre, Rodrigo de Cervantes, el 7 de mayo de 1578, antes reproducida, así se hace constar por los testigos.

señor don Juan de Austria en la jornada de Levante» (Archivo de Simancas, n.º 12, folio 8) se consigna una partida del pagador general de la Armada en la que se libran algunas cantidades a favor de los heridos en la batalla y, entre ellas se conceden 20 ducados a Miguel de Cervantes. El nueve de marzo en el *Libro 4.º*, titulado *Diversorum* (Archivo de Simancas, folio 55): «se dio cedula para el pagador Juan Morales de Torres dé 20 ducados de a once reales a Miguel de Cervantes de ayuda de costa para acabar de curar de las heridas que recibió en la batalla». También en el citado cuaderno de don Juan de Austria (folio 15) se dice que en Palermo el 17 de marzo de 1572, se dio recaudo formal al pagador general de la Armada de varias libranzas sueltas a favor de personas beneméritas en la batalla de 7 de octubre de 1571 y, entre ellas, hay una de 22 escudos a Miguel de Cervantes.²¹

Cervantes, el 29 de abril de 1572, ya restablecido, se integra de nuevo como soldado de Infantería en la compañía de Manuel Ponce de León del tercio de Lope de Figueroa, según consta en las anotaciones de los libramientos que se le hicieron.²² Mientras, en primavera, el papa insta a los componentes de la Santa Liga para una nueva campaña pero todo eran reticencias e inconvenientes, se sustituyó al general veneciano Veniero, que tantos problemas causó en Lepanto, por Jacobo Foscarini. En las tropas españolas fue nombrado lugarteniente de don Juan el duque de Sessa, pero el rey Felipe II no autorizaba la salida de la escuadra de forma que seguían inoperantes en Mesina todas las tropas. El 19 de mayo murió el papa, después san Pío V, y su sucesor Gregorio XIII reanudó los contactos con los coaligados para, sin dilación, zarpar en busca del enemigo turco. No obstante, el rey Felipe seguía sin permitir la salida de la flota, pendiente del desarrollo de la guerra de Flandes y atento a las reiteradas traiciones de los franceses e ingleses, por si debía emplearla de otro modo o enviar los tercios

²¹ Cito a través de Cotarelo y Mori, E.: *Efemérides cervantinas*, Madrid: Tipografía de la *Revista de Archivos*, 1905, págs. 45 y 46. No debe extrañar que a un «tercio de infantería española» le pagase una armada, en el sentido de organización temporal, constituida para una campaña, marítima en este caso. El pagador general, al lado del general en jefe, en este caso don Juan de Austria, nombrado generalísimo por Felipe II, recibía el dinero de la Hacienda Real y lo distribuía a todas las unidades subordinadas, tanto navales como terrestres. Se daba el mismo caso en Flandes donde el pagador general se hacía cargo de todos los ingresos y los gastos tanto de la guerra terrestre, como de la naval, que se podía dar y se daba.

²² «A 29 de dicho mes (abril de 1572) se ordenó a los oficiales de la armada que libren a Miguel de Cervantes tres escudos de ventaja al mes en el tercio de D. Lope de Figueroa en la compañía que le señalaren» (*Libro 4.º Diversorum*, folio 95v). Hay otro libramiento inmediato de diez escudos pagados al escritor a cuenta del sueldo de soldado de la compañía de Ponce de León (Simancas, *Contaduría Mayor*, 2.ª época, leg. 962, hoja 476, pliego 238, pág. 3). En Fernández de Navarrete, M.: *Vida de Miguel de Cervantes Saavedra*, *op. cit.*, págs. 294-296; y en Astrana Marín, L.: *Vida heroica y ejemplar...*, *op. cit.*, págs. 369-374, se reproducen en detalle todos los asientos económicos librados a favor de Cervantes.

a Flandes. Pese a estos retrasos, por relaciones de 15 de junio y 31 de julio, sabemos que don Álvaro de Bazán, el marqués de Santa Cruz, transportó a Corfú a los soldados de Infantería del tercio de Moncada y dos compañías del de don Lope de Figueroa al cual pertenecía Miguel de Cervantes. El escritor embarcaría en una de las 140 galeras mandadas por Marco Antonio Colonna que, sin ninguna misión concreta, permanecían fondeadas en islas y puertos griegos, estuvo dos meses a sus órdenes y a ello hace referencia en la dedicatoria de *La Galatea* a Ascanio Colona cuando dice: «[...] por haber seguido algunos años las vencedoras banderas de aquel sol de la milicia que ayer nos quitó el cielo delante de los ojos, pero no de la memoria de aquellos que procuran tenerla de cosas dignas della, que fue el Excelentísimo padre de V. S. Ilustrísima». ²³ Allí esperaban la llegada de don Juan con el resto de los barcos para, juntos, ir en busca de la Armada turca, este no recibe el permiso de su hermano el rey hasta el mes de agosto y cuando llega a Corfú ya había zarpado Colonna con sus naves al encuentro y enfrentamiento con los turcos sin llegar a producirse, ya que estos mantienen la estrategia de no luchar directamente con la escuadra cristiana.

Así van pasando los días y en fechas poco adecuadas, en octubre, se decide el ataque a Navarino, la actual ciudad de Pylos en el Peloponeso, para acabar por tierra y mar con el enemigo, pero las inclemencias del tiempo obligan a levantar el sitio y regresar a los puertos de invierno en Italia. Ignoramos si el escritor fue uno de los soldados que en tierra, bajo el mando de Alejandro Farnesio, se dispusieron para el asedio y conquista de la ciudad. El compañero de Cervantes en Lepanto, Juan Bautista Villanueva, en su declaración indica que estaba embarcado en la galera llamada *La Luna* de España y que al retirarse del asedio, aprovechando la noche, embarcaron la compañía de Diego de Urbina y la de Pedro de Torrellas por la acequia de un molino, y que allí hubo una fuerte escaramuza y estuvieron a punto de perecer y que cubrió la operación el tercio de Moncada y, añade:

«[...] el día siguiente escaramuzaron dichas compañías todo el día con la caballería turquesca, la cual pasaba de veinte mil hombres y el dicho proponente haciendo lo que debía como buen soldado, donde estuvieron en muy gran peligro de perderse, porque al retirar les mandaron quedar a dichos capitanes con los demás del mismo tercio de don Miguel de Moncada de retaguardia». ²⁴

²³ Cervantes Saavedra, M. de: *La Galatea*, Madrid: Alianza, 1996, págs. 14 y 15.

²⁴ Torres, J. M.^a: «Información de testigos hecha por Juan Bautista Villanueva...», *op. cit.*, pág. 49.

Es de suponer que el escritor participó como soldado de Infantería en estas acciones junto con su compañía, pues los hechos aparecen narrados en *El Quijote* (I, 39), en boca del capitán cautivo:

«Halléme el segundo año, que fue el de setenta y dos, en Navarino, bogando en la capitana de los tres fanales. Vi y noté la ocasión que allí se perdió de no coger en el puerto toda la armada turquesca, porque todos los leventes y genízaros que en ella venían tuvieron por cierto que les habían de embestir dentro del mismo puerto y tenían a punto su ropa y pasamaques, que son sus zapatos, para huirse luego por tierra, sin esperar ser combatidos: tanto era el miedo que habían cobrado a nuestra armada [...] el Uchalí se recogió a Modón, que es una isla que está junto a Navarino, y echando la gente en tierra, fortificó la boca del puerto y estuvóse quedo hasta que el señor don Juan se volvió».

En efecto fue una ocasión única de destruir la flota enemiga y uno de sus lugares de refugio, frustrada por las indecisiones y demora de los generales de la Liga.

El único acto memorable de la campaña de 1572 fue precisamente el 7 de octubre, aniversario de la gesta de Lepanto, en que don Álvaro de Bazán, marqués de Santa Cruz, tras una escaramuza frente a Modón en la que intervino Uluch Alí, capturó a la galera capitana mandada por el nieto de Barbarroja. La nave fue abordada y conquistada a punta de espada, la tripulación turca degollada y los doscientos galeotes cristianos liberados. Por la descripción de los hechos que realiza Cervantes en las páginas de *El Quijote* (I, 39) podemos suponer que fue uno de los soldados que participó en la acción:

«En este viaje se tomó la galera que se llamaba La Presa, de quien era capitán un hijo de aquel famoso corsario Barbarroja.²⁵ Tomola la capitana de Nápoles, llamada La Loba, regida por aquel rayo de la guerra, por el padre de los soldados, por aquel venturoso y jamás vencido capitán don Álvaro de Bazán, marqués de Santa Cruz. Y no quiero dejar de decir lo que sucedió en la presa de La Presa. Era tan cruel el hijo de Barbarroja y trataba tan mal a sus cautivos, que así como los que venían al remo vieron que la galera Loba les iba entrando (acercando) y que los alcanzaba, soltaron todos a un tiempo los

²⁵ El capitán de la galera era Mahomet Bey que no era hijo, sino nieto de Barbarroja.

remos y asieron de su capitán, que estaba sobre el estanterol gritando que bogasen apriesa, y pasándole de banco en banco, de popa a proa, le dieron bocados, que a poco más que pasó del árbol ya había pasado su ánima al infierno: tal era la crueldad con que los trataba y el odio que ellos le tenían».

El 29 de octubre las escuadras de la Santa Liga se dirigieron cada una a sus puertos para invernar y esperar con la primavera el inicio de campaña siguiente. Sin embargo la separación fue definitiva pues los venecianos, por su cuenta sellaron la paz con el turco y se desligaron de España y de la Santa Sede. Don Juan regresó a Mesina con sus naves y tropas, adonde llegó a principios de noviembre y de allí pasó a Nápoles cumpliendo las órdenes de su hermano el rey.

Pasa la compañía el invierno en Nápoles, según consta por el pago de unos atrasos allí consignados. Es interesante reproducir los documentos porque en ellos se aprecia la integración total de Cervantes como soldado y las dificultades que tenía la tropa en la percepción de sus haberes, retraso que era habitual y obligaba a sus miembros a procurárselos de forma violenta como denuncia el escritor en *El licenciado Vidriera*. Los documentos conservados dicen: «El dicho Día se ordenó a los oficiales de la armada que libren a Miguel de Cervantes, soldado de la compañía de don Manuel Ponce de León, diez escudos a buena cuenta de lo que se le debe», Nápoles, 11 de febrero de 1573.²⁶ Tres días después se le hace entrega de una nueva cantidad: «A Miguel de Cervantes, soldado de la compañía de don Manuel Ponce del tercio de Infantería española del maestre de campo don Lope de Figueroa, diez escudos del dicho valor que se le libraron a buena cuenta del sueldo que se le debía y hubiese de haber por lo que había servido y sirviese en la dicha compañía como pareció por otra libranza del dicho Señor don Juan. Fecha en Nápoles a XIII de febrero de DLXXIII».²⁷ El 6 de marzo se entrega una nueva cantidad: «[...] se ordenó a los mismos que libren a Miguel de Cervantes, soldado de don Manuel Ponce de León, 20 escudos que pretende se le deben constandingo ser así se le den los recaudos necesarios para la cobranza de ellos».²⁸

²⁶ (Al margen) «Miguel de Cervantes» (Simancas, Estado, libro 96.º, hoja 88). Se actualiza la ortografía. Sliwa: *Documentos de Miguel de Cervantes Saavedra, op. cit.*, pág. 43.

²⁷ Simancas. Contaduría Mayor, 2.ª época, leg. 962, hoja 24, pliego 12, pág. 3. Sliwa: *Documentos de Miguel de Cervantes Saavedra, op. cit.*, pág. 43.

²⁸ Simancas. Estado, libro 96.º, hoja 112v. Hay otro asiento en Simancas (Contaduría Mayor, 2.ª época, leg. 962, hoja 45, pliego 2, pág. 1) que parece ser de 20 escudos, pues no queda clara la cifra ni la fecha, de lo que se le debía del sueldo de 1573. Sliwa: *Documentos de Miguel de Cervantes Saavedra, op. cit.*, pág. 43.

Cuando en primavera la Armada está dispuesta a partir hacia el mar griego, como se había convenido, la escuadra española tiene que cambiar de planes por la deserción de Venecia y la consiguiente ruptura de la coalición, aunque las fuerzas vaticanas siguen junto a las españolas. La escuadra preparada era muy notable con más de ciento cincuenta galeras para transporte de una numerosa y selecta tropa de Infantería. Reunido don Juan de Austria con su Consejo para decidir cómo y dónde plantear la nueva campaña se resuelve que en vez de perseguir a Uluch Alí que, vista su estrategia, no ofrecía ocasión de luchar, era mejor acudir a las tierras del norte de África cuyos reinos, vasallos del sultanato turco, como corsarios se dedicaban a atacar las costas y capturar las naves cristianas y así se decide tomar Túnez, contra el parecer del marqués de Santa Cruz que opinaba que Argel, por su importancia, era el lugar clave para destruir. Consultado Felipe II dio su conformidad a la operación, aunque otra vez se echó el tiempo encima y habían perdido los mejores meses de la primavera y gran parte del verano para llevar a cabo la acción.

Las órdenes del rey a su hermano eran muy concretas: debía tomar la plaza, devolver el trono a Muley Hamet, destronado por su hermano vasallo del sultán turco Selim, y destruir las fortificaciones de la ciudad y de La Goleta. Probablemente la intención de don Juan era distinta pues abrigaba la idea, respaldada por el papa, de crear un reino cristiano en el norte de África cuya corona ceñiría él mismo; esto explica que en contra de las instrucciones recibidas conserve las fortificaciones dejando a su partida, en el mes de noviembre, una guarnición mandada por don Pedro Portocarrero cuyos hijos, casualmente, están entonces relacionados en Madrid con las hermanas del escritor.

La escuadra, con don Juan al frente, estaba compuesta por ciento cuatro galeras, cuarenta y cuatro naves de gran porte, doce barcones, veinticinco fragatas y veintidós falúas y la tropa de Infantería rozaba los veinte mil hombres, auxiliados por gran aparato de artillería, municiones, buen número de bueyes para trasladar en tierra las máquinas de asalto y caballos de apoyo. Entre los soldados de Infantería del tercio de don Lope de Figueroa se hallaba la compañía de Ponce de León de la que formaba parte Miguel de Cervantes. La llegada se produjo la noche del día ocho de octubre y fue tal el pánico que causó en la ciudad la llegada de don Juan con la Infantería española que toda la población, incluido el rey, Muley Hamida, y sus genízaros turcos encargados de la defensa huyeron a las montañas y se rindieron sin combatir. Fue tan fácil la conquista que a primeros de noviembre ya había regresado la flota con las compañías de Infantería a Palermo y Nápoles para invernar hasta el año siguiente.

También en *El Quijote* (I, 39), el autor, como testigo de los hechos, nos habla de estos sucesos y del trágico fin de aquellas aspiraciones:

«[...] y el año siguiente, que fue el de setenta y tres, se supo como el señor don Juan había ganado Túnez y quitado aquel reino a los turcos y puesto en posesión de él a Muley Hamet, cortando las esperanzas que de volver a reinar en él tenía Muley Hamida, el moro más cruel y más valiente que tuvo el mundo. Sintió mucho esta pérdida el Gran Turco, y, usando de la sagacidad que todos los de su casa tienen, hizo paz con venecianos, que mucho más que él la deseaban, y el año siguiente de setenta y cuatro acometió a la Goleta y al fuerte que junto a Túnez había dejado medio levantado el señor don Juan [...] Perdióse, en fin, la Goleta, perdióse el fuerte [...] Ninguno cautivaron sano de trescientos que quedaron vivos, señal cierta y clara de su esfuerzo y valor, y de lo bien que se habían defendido y guardado sus plazas».

Cervantes pudo ser uno de los soldados que se quedaron de guarnición en el fuerte de La Goleta pues consta que estos pertenecían al tercio de don Lope de Figueroa. En un documento conservado en Simancas, fechado en Palermo el 10 de septiembre de 1574, se expresa la siguiente partida: «A las catorce compañías de infantería española del tercio del maestre de campo D. Lope de Figueroa, que fueron a invernar a Cerdeña, y al presente sirven en esta armada con las cuatro viejas que se sacaron de la Goleta, se les deberán para este mes de noviembre que viene cincuenta mil escudos poco más o menos, quitadas las raciones y lo demás que han recibido». Estas cuatro compañías viejas o veteranas aludidas que se sacaron del fuerte eran del tercio de Figueroa y hay fundamentos para creer que el escritor se hallaba en una de ellas puesto que en el memorial de sus servicios como soldado hace distinción entre los que desempeñó en Túnez y los que realizó en La Goleta, separando ambas actuaciones.²⁹ A esta situación parece referirse en unos versos de su *Epístola a Mateo Vázquez* cuando dice:

«Y al reino tan antiguo y celebrado,
a do la hermosa Dido fue vendida
al querer del troyano desterrado,
también, vertiendo sangre aún la herida
mayor, con otras dos, quise hallarme,

²⁹ Fernández de Navarrete, M.: *Vida de Miguel de Cervantes Saavedra*, op. cit., pág. 307.

por ver ir la morisma vencida.
¡Dios sabe si quisiera allí quedarme
con los que allí quedaron esforzados,
y perderme con ellos, o ganarme!
Pero mis cortos, implacables hados,
en tan honrosa empresa no quisieron
que acabase la vida y los cuidados;
y, al fin, por los cabellos me trujeron
a ser vencido por la valentía
de aquellos que después no la tuvieron.»³⁰

Fue, por tanto, una suerte para la literatura no haberse quedado Cervantes en la guarnición tunecina como otros miembros de su tercio que perecieron en aquellas tierras; a ellos van dirigidos los dos sonetos «epitafio» del capítulo cuarenta de *El Quijote* en los cuales recuerda y ensalza el sacrificio de sus compañeros de armas.

Miguel junto con su compañía pasó los meses siguientes de la campaña de Túnez en la isla de Cerdeña. En febrero y marzo de 1574 el escritor debió de viajar a Nápoles ya que su nombre aparece en dos documentos allí fechados, donde se ordena le sean pagados algunos atrasos: «A 15 de febrero 1574 se ordenó a los oficiales de la armada que librasen a Miguel de Cervantes, soldado de la compañía de don Manuel Ponce de León, treinta escudos a buena cuenta de su sueldo». El otro, de mayor interés pues parece una gratificación cuya causa ignoramos, dice: «Don Juan &. -Licenciado Navas de Puebla (asesor de la Armada), yo os ordeno y mando que de cualquier dineros que estuvieren en vuestro poder de los procedidos de las condenaciones de Cámara y gastos de Justicia, deis a Miguel de Cervantes treinta escudos que le mando librar, del cual tomareis su carta de pago, con la cual y la presente os serán recibidos y pasados en cuenta. Fecha en Nápoles a 10 de marzo de 1574.- D. Juan.- Refrendada de Juan de Soto».³¹

Por estas fechas, don Juan de Austria, que había estado en Roma negociando con el papa su apoyo para obtener el reino de Túnez, recibe en Gaeta la orden de Felipe II de trasladarse con las tropas a Lombardía para apaciguar los alborotos de los genoveses que, alentados por Francia, hacían peligrar el protectorado de España. Así la cumple y, a fines de abril, se dirige al puerto de la Spezia de donde había salido hacia Cerdeña Marcelo Doria

³⁰ Cervantes Saavedra, M. de: *Poesías completas*, edic. de Vicente Gaos Madrid: Castalia, págs. 342 y 343.

³¹ Simancas. Estado, libro 92.º, folio 46; y Simancas. Estado, libro 82.º, folio 115. Sliwa: *Documentos de Miguel de Cervantes Saavedra, op. cit.*, pág. 44.

con cuarenta galeras para recoger al tercio de don Lope de Figueroa. Por tanto, a primeros de mayo el soldado Miguel de Cervantes, con su compañía, estaba en el norte de Italia y, como no se trataba de una acción concreta de fuerza sino de disuadir con la sola presencia de las tropas españolas a los revoltosos, el escritor tuvo ocasión de disfrutar de la hospitalidad de Génova. En *El licenciado Vidriera*, que tantos recuerdos esconde de su vida de soldado, dice:

«En fin, trasnochados, mojados y con ojeras llegaron a la hermosa ciudad de Génova, y desembarcándose en su recogido Mandrache (la parte más moderna del puerto), después de haber visitado una iglesia, dio el capitán con todas sus camaradas en una hostería, donde pusieron en olvido todas las borrascas pasadas, con el presente gaudeamus.

Allí conocieron la suavidad del Treviano, el valor del Montefrascón, la fuerza del Asperino, la generosidad de los dos griegos Candía y Soma, la grandeza del de las Cinco viñas, la dulzura y apacibilidad de la señora Guarnacha, la rusticidad de la Chéntola, sin que entre todos estos señores osase parecer la bajeza del Romanesco. Y habiendo hecho el huésped la reseña de tantos y tan diferentes vinos, se ofreció de hacer parecer allí, sin usar de tropelía ni como pintados en mapa, sino real y verdaderamente, a Madrigal, Coca, Alaejos, y a la imperial más que real ciudad, recámara del dios de la risa; ofreció a Esquivias, a Alanís, a Cazalla, Guadalcanal y la Membrilla, sin que se le olvidase de Ribadavia y de Descargamaría. Finalmente, más vinos nombró el huésped, y más les dio que pudo tener en sus bodegas el mismo Baco.

Admiráronle también al buen Tomás los rubios cabellos de las genovesas, y la gentileza y gallarda disposición de los hombres, la admirable belleza de la ciudad, que en aquellas peñas parece que tiene las casas engastadas, como diamantes en oro».³²

La ociosidad de estas jornadas impacientaba a don Juan de Austria,³³ hombre de acción, que veía pasar los días mientras en las guarniciones del

³² Cervantes Saavedra, M. de: *Novelas ejemplares*, 2001, págs. 271 y 272.

³³ Don Juan, siempre activo y dispuesto, moriría, como muchos de sus soldados del escenario mediterráneo, de gobernador general de Flandes en Namur, en cuya catedral se conserva aún su corazón, después de haber llamado a los tercios de Italia en su socorro con una carta que comenzaba así: «A los magníficos Señores, amados y amigos míos, los capitanes y soldados

sur aguardaban su llegada para reemprender las campañas en el Mediterráneo y acudir a la defensa de Túnez ya que sospecha que el turco, dada la humillación que había recibido, intente recuperar estas tierras. Así lo manifiesta en una carta firmada en Begebén el 16 de mayo de 1564:

«Yo llegué a este lugar a los 8 del presente: he hallado las cosas de por acá quietas, y de Francia no hay más de lo que vmd. verá por los traslados que van con ésta. Yo, Sr., soy tan aficionado a las cosas de mi cargo que holgara harto más andar trabajando en la mar que no estar aquí, no teniendo que hacer más de lo que agora, y creo que no fuera tiempo malgastado según veo que se va muy flojamente en la preparación de la armada, y lo que convendría que se pusiese en muy buena orden para poner freno a los enemigos: no ha quedado por acordar con tiempo: y aunque yo he cumplido con esto, no basta para dejar de darme infinita pena los inconvenientes que de no haberse hecho podrían suceder. El parecer de vmd. sobre lo de Túnez espero, con mucho deseo, y así le pido muy encarescidamente que en caso que al recibir ésta no se me haya enviado, se haga en hallándose en disposición para ello, que de más del servicio que a S. M. se hará, yo recibiré singular contentamiento».³⁴

Por fin llegan noticias fidedignas de que, en efecto, los turcos están organizando una expedición para recuperar La Goleta y Túnez. Don Juan se apresuró a solicitar al virrey de Nápoles y al regente de Sicilia que enviasen refuerzos en auxilio de las tropas que habían quedado al frente de estos lugares, sin que fuera atendida su petición. A mediados de julio, Uluch Alí con una importante escuadra y más de cuarenta mil soldados llegan a Cartago e inician el asedio y conquista de los fuertes y de la ciudad.³⁵ Informado don Juan del ataque turco, el 7 de agosto se embarca en Spezia, tras recoger la Infantería española de don García de Mendoza, el tercio de don Lope de Figueroa, entre cuyos soldados estaba Cervantes, y otras compañías de milaneses y regresan a Palermo con intención de juntarse todas las tropas

de la mi infantería que salió de los Estados de Flandes», y finalizaba con la posdata: «No escribo en particular, porque no sé las compañías ni capitanes que habrán quedado en pie; pero ésta servirá para reformados y no reformados; y a todos ruego vengáis con la menor ropa y bagaje que pudiereis, que llegados acá no os faltara de vuestros enemigos». Lafuente, M.: *Historia General de España*, t. X, Madrid, 1888, págs. 96 y 97.

³⁴ Fernández de Navarrete, M.: *Vida de Miguel de Cervantes Saavedra*, op. cit., pág. 308.

³⁵ Gracias a las cartas de don Juan y al detallado relato de don Juan de Zanuera, conocemos los pormenores de la caída y reconquista de Túnez por las fuerzas otomanas. Rodríguez Marín, F.: en el tomo IX, de su edición de *El Quijote* (Madrid: Atlas, 1949), apéndice XVIII: «La pérdida de la Goleta y el Fuerte», págs. 239-261, reproduce los documentos.

y socorrer a los sitiados. Sale desde allí la flota pero el mal tiempo impidió realizar una rápida acción y, pese a las tentativas de llegar a las costas africanas, deben refugiarse en Trapani, hasta que llega la noticia de que el 13 de septiembre ha caído la capital y ya no procede una expedición de socorro. Se responsabilizó del desastre a don Pedro de Portocarrero, el jefe de la guarnición, por haberse refugiado dentro de la fortaleza y no haber presentado batalla a campo abierto pese a disponer de soldados de Infantería de probada competencia en otras campañas militares.

Conocemos el juicio que merecía el comportamiento del general de La Goleta por parte de don Juan, gracias a la carta del 3 de agosto de 1574, antes de la derrota, dirigida al virrey de Nápoles, el cardenal Granvela, en donde lo descalifica diciendo:

«Por poco soldado tuve siempre a Don Pedro de Puertocarrero y así lo he escrito a S. M. más de una vez; pero no pensé jamás que llegara a tal punto esta tacha, para un Alcaide de fuerza (fortaleza) tan importante, que dejara tan presto y tan fácilmente avvicinar así al enemigo, encerrándose desde luego entre sus murallas, y de quien empieza tan encogidamente no sé qué debemos prometernos [...] y no sé, digo todavía, cómo en tan breve tiempo pueda temerse tanto al enemigo, que tengamos aquello casi por perdido, aunque tenga sus baterías en gran punto: todo puede ser, y no solo puede ser, más aún es justo temer y creer lo peor, para prevenir el mayor daño; mas no sé si para tan cruda resolución como abandonar al fuerte de Túnez es aún tiempo, mayormente no pudiéndose hacer sino casi con pérdida de la mayor parte de nuestra gente, y habiendo de quedar la otra tan perdida y desanimada, que dudo sería de provecho en otro lugar. Muchas y no pequeñas dificultades veo en esta resolución».³⁶

Muy distinta es la opinión de Miguel de Cervantes que, aún sin intervenir, fue uno de los soldados de Infantería preparados para el socorro de los asediados y, por tanto, observador directo de los pormenores de la expedición. Es indudable que el escritor ya gozaba de la confianza de sus superiores, como se observa en las cartas de presentación que más adelante le entregan, y, por tanto, estaría informado como soldado de Infantería aventajado de las diferencias que se suscitaban entre los distintos mandos desde

³⁶ Simancas. Secretaría de Estado, leg. 450. Rodríguez Marín, F.: *op.cit.*, pág. 240. Actualizo la ortografía.

don Juan a los virreyes o los jefes y capitanes de las tropas.³⁷ El escritor, años después, en *El Quijote* (I, 39) nos ofrece su propio relato en el que se observa un conocimiento profundo de los hechos:

«Sintió mucho esta pérdida el Gran Turco, y, usando de la sagacidad que todos los de su casa tienen, hizo paz con venecianos, que mucho más que él la deseaban, y el año siguiente de setenta y cuatro acometió a la Goleta y al fuerte que junto a Túnez había dejado medio levantado el señor don Juan [...] Perdióse, en fin, la Goleta, perdióse el puerto, sobre las cuales plazas hubo de soldados turcos, pagados, setenta y cinco mil, y de moros y alárabes de toda la África, más de cuatrocientos mil, acompañado este gran número de gente con tantas municiones y pertrechos de guerra y con tantos gastadores, que con las manos y a puñados de tierra pudieran cubrir la Goleta y el fuerte. Perdióse primero la Goleta, tenida hasta entonces por inexpugnable, y no se perdió por culpa de sus defensores, los cuales hicieron en su defensa todo aquello que debían y podían, sino porque la experiencia mostró la facilidad con que se podían levantar trincheas en aquella desierta arena, porque a dos palmos se hallaba agua, y los turcos no la hallaron a dos varas; y, así, con muchos sacos de arena levantaron las trincheas tan altas, que sobrepujaban las murallas de la fuerza (fortaleza), y tirándoles a caballero, ninguno podía parar ni asistir a la defensa. Fue común opinión que no se habían de encerrar los nuestros en la Goleta, sino esperar en campaña al desembarcadero, y los que esto dicen hablan de lejos y con poca experiencia de casos semejantes; porque si en la Goleta y en el fuerte apenas había siete mil soldados, ¿cómo podía tan poco número, aunque más esforzados fuesen, salir a la campaña y quedar en las fuerzas (permanecer en las fortalezas), contra tanto como era el de los enemigos? ¿Y cómo es posible dejar de perderse fuerza que no es socorrida, y más cuando la cercan enemigos muchos y porfiados, y en su misma tierra? Pero a muchos les pareció, y así me pareció a mí, que fue particular gracia y merced que el cielo hizo a España en permitir que se asolase aquella oficina y capa de maldades, y aquella gomia o esponja y polilla de la infinidad de dineros que allí sin provecho se gastaban, sin servir de otra cosa que de conservar la memoria de haberla ganado la felici-

³⁷ Juan de Valcázar, compañero del escritor, en su declaración: «[...] afirma que D. Juan de Austria, el duque de Sessa y los demás caballeros capitanes tenían a Cervantes en mucha reputación, y por muy buen soldado y principal». Fernández de Navarrete, M.: *Vida de Miguel de Cervantes Saavedra*, op. cit., pág. 334.

sima del invictísimo Carlos V, como si fuera menester para hacerla eterna, como lo es y será, que aquellas piedras la sustentaran. Perdióse también el fuerte, pero fuéronle ganando los turcos palmo a palmo, porque los soldados que lo defendían pelearon tan valerosa y fuertemente, que pasaron de veinticinco mil enemigos los que mataron en veinte y dos asaltos generales que les dieron. Ninguno cautivaron sano de trescientos que quedaron vivos, señal cierta y clara de su esfuerzo y valor, y de lo bien que se habían defendido y guardado sus plazas. Rindióse a partido (capituló) un pequeño fuerte o torre que estaba en mitad del estaño, a cargo de don Juan Zanoquera, caballero valenciano y famoso soldado. Cautivaron a don Pedro Puertocarretero, general de la Goleta, el cual hizo cuanto fue posible por defender su fuerza y sintió tanto el haberla perdido, que de pesar murió en el camino de Constantinopla donde le llevaban cautivo. Cautivaron ansí mismo al general del fuerte, que se llamaba Gabrio Cervellón, caballero milanés, grande ingeniero y valentísimo soldado».

Esta valoración y juicio de la caída de Túnez, relatada por Cervantes por boca del cautivo es rigurosamente cierta si nos atenemos al testimonio de los supervivientes del asedio, alguno de los cuales, siendo del mismo tercio, debió contar a sus compañeros la verdad de la situación vivida en aquellas tristes jornadas.

El 30 del mes de septiembre, tras el fracaso de la expedición a Túnez, el tercio de Lope de Figueroa que no pasó de Trapani, en la propia Sicilia, fue desembarcado en Palermo para pasar el invierno. Una carta de don Juan a su hermano el rey, fechada el 12 de noviembre, informa de que había concedido permiso a don Lope de Figueroa para regresar a España y dejado en Sicilia bajo el mando de don Martín de Argote, «a cuyo cargo ha estado esta infantería otras veces en su ausencia», las compañías de su tercio para que protegiesen la costa y para que los soldados se recuperasen de las anteriores campañas, y así estuviesen en disposición de servir en la primavera de 1575, cuando comiencen las nuevas operaciones bélicas.³⁸ También en noviembre encontramos, entre las cuentas del pagador del Ejército Juan Morales de Torres, una partida de veinticinco escudos a favor de Miguel de Cervantes como *soldado aventajado*.³⁹ En diciembre, junto con su hermano Rodrigo,

³⁸ Fernández de Navarrete, M.: *Vida de Miguel de Cervantes Saavedra*, op. cit., pág. 310.

³⁹ «En la cuenta del pagador de la armada Juan Morales de Torres de los años 1571 a 1574 y en la primera página del pliego 120 aparece una partida en la cual figura Miguel de Cervantes, soldado aventajado, cobrando con orden de Don Juan de Austria veinte y cinco escudos de a diez reales castellanos, los cuales le mandó pagar, a buena cuenta de lo que se le debía, el señor duque de Sesa. Fecha en Palermo a quince de Noviembre de mil quinientos setenta y

de quien no se separó durante su vida en la milicia, es posible que pasase a Nápoles donde permanecerá hasta finales del verano de 1575 ya que este año no se realiza ninguna salida contra la Armada turca.

Hasta septiembre de 1575 carecemos de información fehaciente sobre el soldado de Infantería Miguel de Cervantes y tenemos que acudir a sus textos para reconstruir estos meses de su vida. La inactividad militar, con las tropas invernando sin ningún plan concreto, la pudo suplir con la asistencia a las distintas academias literarias que existían en Nápoles. Una tarea no excluía la otra como se puede comprobar en los excelentes soldados-escritores que acompañaron a Carlos V en sus gloriosas campañas y que continuaron honrando las letras españolas tras la muerte del emperador. No son nada descabelladas las suposiciones de un Miguel lector, interesado en los autores y obras que luego recogerá en sus escritos y que, tal vez, pudo leer y comentar en alguna de las reuniones académicas. Esta dedicación complementaria justificaría sus conocimientos sobre la lírica de Petrarca, Boccaccio y su *Decamerón*, los *Orlandos*, el *innamorato* y el *furioso*, de Boiardo y Ariosto, respectivamente, y la *Arcadia* de Sannazaro, presentes en mayor o menor medida en sus novelas y teatro, sin olvidar las reglas que imponían con rigidez en las letras italianas Castelvetro y Gintio en sus preceptivas y que tanto marcaron su actividad dramática; de todos estos autores se hallan reminiscencias en los textos cervantinos y lo más lógico es pensar que se acercó a ellos en este momento. También, entrando en un plano personal, durante esta ociosa estancia napolitana, y por unos versos del *Viaje del Parnaso*, algunos cervantistas han especulado sobre la relación amorosa del autor con una tal *Silena* de la cual nació un hijo llamado *Promontorio*.⁴⁰

Si nos atenemos a las palabras de don Quijote en el discurso de las armas y las letras de los capítulos 37 y 38 de la primera parte, reveladoras de la mentalidad de Cervantes, es evidente que sentía una gran vocación por la vida de soldado, amaba la acción, pero también le atraía la literatura y ambas pasiones tenía posibilidad de cultivarlas durante su estancia en tierras italianas. El hidalgo manchego compara la actividad del estudiante y del soldado y valora muy por encima la segunda aludiendo el autor, sin duda, a su experiencia de aquellos días:

cuatro». Simancas. Contadurías generales, leg. 1.745. Sliwa: *Documentos de Miguel de Cervantes Saavedra, op. cit.*, pág. 44.

⁴⁰ Los versos pertenecen al cap. VIII del poema y no son nada claros en cuanto a su significación. Véase al respecto el artículo de Croce, B.: «Due illustrazioni al *Viaje del Parnaso*», en *Homenaje a Menéndez y Pelayo*, Madrid, 1899, I, pág. 188, quien califica la alusión cervantina como un «piccolo geroglifico». Hoy, en general, los estudiosos no aceptan la existencia de esos amores y de ese hijo.

«--Digo, pues, que los trabajos del estudiante son estos: principalmente pobreza, no porque todos sean pobres, sino por poner este caso en todo el extremo que pueda ser [...] Esta pobreza la padece por sus partes, ya en hambre, ya en frío, ya en desnudez, ya en todo junto; pero con todo eso, no es tanta, que no coma, aunque sea un poco más tarde de lo que se usa, aunque sea de las sobras de los ricos, que es la mayor miseria del estudiante este que entre ellos llaman “andar a la sopa”; y no les falta algún ajeno brasero o chimenea, que, si no calienta, a lo menos entibie su frío, y, en fin, la noche duermen debajo de cubierta. No quiero llegar a otras menudencias, conviene a saber, de la falta de camisas y no sobra de zapatos, la raridad y poco pelo del vestido, ni aquel ahitarse con tanto gusto cuando la buena suerte les depara algún banquete. Por este camino que he pintado, áspero y dificultoso, tropezando aquí, cayendo allí, levantándose acullá, tornando a caer acá, llegan al grado que desean; el cual alcanzado, algunos hemos visto [...] mandar y gobernar el mundo desde una silla, trocada su hambre en hartura, su frío en refrigerio, su desnudez en galas y su dormir en una estera en reposar en holandas y damascos, premio justamente merecido a su virtud. Pero contrapuestos y comparados sus trabajos con los del milite guerrero, se quedan muy atrás en todo».

En efecto, conoce Miguel el mundo estudiantil por observación directa en sus años de residencia en Alcalá donde sobresalía la Universidad Complutense y, quizás, por sus jornadas napolitanas, sin embargo la vida militar es su decisión de oficio del que siempre se sentirá orgulloso, tal como se desprende de su obra, especialmente cuando el ingenioso hidalgo afirma que:

«--Pues comenzamos en el estudiante por la pobreza y sus partes, veamos si es más rico el soldado, y veremos que no hay ninguno más pobre en la misma pobreza, porque está atenido a la miseria de su paga, que viene tarde o nunca, o a lo que garbear [robar] por sus manos, con notable peligro de su vida y de su conciencia. Y a veces suele ser su desnudez tanta, que un colete acuchillado le sirve de gala y camisa, y en la mitad del invierno se suele reparar de las inclemencias del tiempo, estando en la campaña rasa, con solo el aliento de su boca, que, como sale de lugar vacío, tengo por averiguado que debe de salir frío, contra toda naturaleza. Pues esperad que espere que llegue la noche para restaurarse de todas estas incomodidades en la cama que le

aguarda, la cual, si no es por su culpa, jamás pecará de estrecha: que bien puede medir en la tierra los pies que quisiere y revolverse en ella a su sabor, sin temor a que se le encojan las sábanas. Lléguese, pues, a todo esto, el día y la hora de recibir el grado de su ejercicio: lléguese un día de batalla, que allí le pondrán la borla en la cabeza, hecha de hilas, para curarle algún balazo que quizás le habrá pasado las sienes o le dejará estropeado el brazo o piernas. Y cuando esto no suceda, sino que el cielo piadoso le guarde y conserve sano y vivo, podrá ser que se quede en la misma pobreza que antes estaba y que sea menester que suceda uno y otro rencuentro, una y otra batalla, y que de todas salga vencedor, para medrar en algo; pero estos milagros vense raras veces. Pero, decidme, señores, si habéis mirado en ello: ¿Cuán menos son los premiados por la guerra que los que han perecido en ella? Sin duda habéis de responder que no tienen comparación ni se pueden reducir a cuenta los muertos, y que se podrán contar los premiados vivos con tres letras de guarismo. Todo esto es al revés en los letrados, porque de faldas (que no quiere decir de mangas) todos tienen en qué entretenerse. Así que, aunque es mayor el trabajo del soldado, es mucho menor el premio. Pero a esto se puede responder que es más fácil premiar a dos mil letrados que a treinta mil soldados, porque a aquellos se premian con darles oficios que por fuerza se han de dar a los de su profesión, y a estos no se pueden premiar sino con la misma hacienda del señor a quien sirven, y esta imposibilidad fortifica más la razón que tengo. Pero dejemos esto aparte, que es laberinto de muy dificultosa salida, sino volvamos a la preeminencia de las armas contra las letras, materia que hasta ahora está por averiguar, según son las razones que cada una de su parte alega. Y, entre las que he dicho dicen las letras que sin ellas no se podrían sustentar las armas, porque la guerra también tiene sus leyes y está sujeta a ellas, y que las leyes caen debajo de lo que son letras y letrados. A estos responden las armas que las leyes no se podrían sustentar sin ellas, porque con las armas se defienden las repúblicas, se conservan los reinos, se guardan las ciudades, se aseguran los caminos, se despejan los mares de corsarios, y, finalmente, si por ellas no fuese, las repúblicas, los reinos, las monarquías, las ciudades, los caminos de mar y tierra estarían sujetos al rigor y a la confusión que traen consigo la guerra el tiempo que dura y tiene licencia el usar de sus privilegios y de sus fuerzas. Y es razón averiguada que aquello que más cuesta se estima y debe de estimar en más. Alcanzar alguno a ser eminente en letras le cuesta tiempo, vigiliias, hambre, desnudez, vaguidos de cabeza, indigestiones de estómago y otras cosas a éstas adherentes, que en

parte ya las tengo referidas; más llegar uno por sus términos a ser buen soldado le cuesta todo lo que al estudiante, en tanto mayor grado, que no tiene comparación, porque a cada paso está a pique de perder la vida. Y ¿qué temor de necesidad y pobreza puede llegar ni fatigar al estudiante, que llegue al que tiene un soldado que, hallándose cercado en alguna fuerza y estando de posta o guarda en algún revellín o caballero (torreta de estacas y barro cercana a la muralla) siente que los enemigos están minando hacia la parte donde él está, y no puede apartarse de allí por ningún caso, ni huir el peligro que tan cerca le amenaza? Solo lo que puede hacer es dar noticia a su capitán de lo que pasa, para que lo remedie con alguna contramina, y él estarse quedo, temiendo y esperando cuándo improvisamente ha de subir a las nubes sin alas y bajar al profundo sin su voluntad. Y si este parece pequeño peligro, veamos si le iguala o hace ventaja el de embestirse dos galeras por las proas en mitad del mar espacioso, las cuales enclavijadas y trabadas no le queda al soldado más espacio del que concede dos pies de tabla del espolón; y con todo esto, viendo que tiene delante de sí tantos ministros de la muerte que le amenazan cuantos cañones de artillería se asestan en la parte contraria, que no distan de su cuerpo una lanza, y viendo que al primer descuido de los pies iría a visitar los profundos senos de Neptuno, y con todo esto, con intrépido corazón, llevado de la honra que le incita, se pone a ser blanco de tanta arcabucería y procura pasar por tan estrecho paso al bajel contrario. Y lo que más es de admirar: que apenas uno ha caído donde no se podrá levantar hasta el fin del mundo, cuando otro ocupa su mismo lugar; y si éste también cae en el mar, que como a enemigo le aguarda, otro y otro le sucede, sin dar tiempo al tiempo de sus muertes: valentía y atrevimiento el mayor que se puede hallar en todos los trances de guerra».

El vívido relato de los hechos de armas, aunque escrito muchos años después, nos sitúa en el tiempo en que Cervantes desarrollaba su ocupación militar y, con su concepto del hombre de armas, debía de estar muy molesto en el verano de 1575 ante la pasividad de los tercios sin actividad alguna. Por ello no extraña que resuelva solicitar licencia para regresar a su patria de la que lleva ausente más de cinco años. Confía en que el heroísmo y entrega, demostrados en las distintas campañas donde ha intervenido, le valdrán su ascenso a capitán. Además pudo decidirle a dejar Italia el saber las dificultades económicas en que de nuevo se halla la familia. Por la documentación conservada conocemos que su padre continúa enredado en préstamos y debe pedir fiada la ropa que viste. Su hermana Andrea vive con su hija Constanza,

fuera del domicilio familiar, dedicada a labores de costura y en relación con Alonso y Pedro Pacheco Portocarrero, hijos del malogrado gobernador de La Goleta; el primero también aparece después como deudor de la otra hermana, Magdalena, quien ahora firma con el apellido Pimentel de Sotomayor, sin que sepamos a qué se deben estas obligaciones; todos los indicios hacen sospechar un compromiso amoroso incumplido y no reparado hasta 1581, tras una larga serie de reclamaciones y pleitos.

Es seguro que Cervantes, aparte del cultivo de las letras, en las jornadas inactivas busca los avales necesarios para ascender en su oficio militar, para lo cual tendría que visitar a sus jefes y, como respaldo fundamental, a don Juan de Austria. Este no llegó a Nápoles hasta el 18 de junio y enseguida pasó a Sicilia para realizar los preparativos de una nueva campaña que no llegó a realizarse y por entonces debió entregar al escritor la carta a la que hacen referencia varios compañeros. También le avaló el duque de Sessa, antiguo gobernador de Milán, cuyo testimonio conservamos:

«El Duque de Sessa.- Por haberme pedido por parte y en nombre de Miguel de Cervantes que para que a su Majestad le conste de la manera que le ha servido, le conviene que yo le de fe de ello, por la presente certifico y declaro: que ha que le conozco de algunos años a esta parte en servicio de su Majestad y por información que de ello tengo, sé y me consta que se halló en la batalla y rota de la Armada del Turco, en la cual, peleando como buen soldado, perdió una mano; y después le vi servir en las demás jornadas que hubo en Levante, hasta tanto que por haberse estropeado en servicio de su Majestad, pidió licencia al Señor Don Juan para venirse en España a pedir que se le hiciese merced; y yo entonces le di carta de recomendación para su Majestad y Ministros; y habiéndose embarcado en la galera Sol fue preso de turcos y llevado a Argel, donde al presente está esclavo, habiendo peleado antes que le capturasen, muy bien, y cumplido con lo que debía, y de manera que así por haber sido capturado en servicio de su Majestad, como por haber perdido una mano en el dicho servicio, merece que su Majestad le haga toda merced y ayuda para su rescate; y porque las fés, cartas y recaudos que traía de sus servicios, los perdió todos el día que le hicieron esclavo, para que conste de ello di la presente, firmada de mi mano [...] en Madrid a 25 de julio de 1578».⁴¹

⁴¹ Sevilla. Archivo General de Indias. Sliwa: *Documentos de Miguel de Cervantes Saavedra*, op. cit., pág. 57. Actualizo la ortografía.

Otros testimonios también indican que Miguel de Cervantes, tras haberse mostrado su valor como soldado de Infantería, quiere por méritos de guerra obtener el grado de capitán con la patente llamada de *conducta*, donde constaba su nombramiento, la orden del rey, el distrito o territorio de su comisión y el número de soldados que en su jurisdicción podía levantar, lo que le permitía salir a «hacer gente», es decir, a formar su propia compañía. Así lo hace constar el alférez Gabriel de Castañeda diciendo del escritor que: «Le vio entrar después cautivo en Argel [...] leyó las cartas que llevaba Cervantes de D. Juan de Austria, en que lo recomendaba a S. M. para que le diese una compañía de las que se formasen para Italia, por ser hombre de méritos y servicios: cuyas cartas hicieron que el capitán que le cautivó le tuviese en mucho para el rescate». También otro testigo, D. Beltrán del Salto indica que cuando él salió rescatado en 1577: «[...] dejó a Cervantes cautivo en poder de un turco llamado Arnaute Mamí, capitán de aquella ciudad, quien lo tenía en gran estima a causa de ciertas cartas que halló de D. Juan de Austria y del duque de Sessa en que lo recomendaban a S. M. para que le hiciese merced de una compañía, como persona que lo merecía muy bien».⁴²

Con las cartas de recomendación ya en su poder, Cervantes solicitó permiso, que le fue concedido, para regresar a España con el propósito de obtener la «patente de conducta» de capitán, si la conseguía, nombraría directamente a su alférez para llevar la bandera, tal vez pensó en su hermano Rodrigo, y a su sargento y, junto con el atambor, iniciaría la leva por los pueblos asignados. El viaje a España lo va a realizar en una flotilla que se organiza para recoger dinero para las pagas de las compañías que andaban muy retrasadas y para establecer los proyectos de la siguiente campaña, tras el invierno. Don Juan de Austria estaba en Nápoles en septiembre con las galeras de España, y aquí se encontró con el nuevo virrey don Íñigo López de Mendoza, marqués de Mondéjar, que había llegado el 10 de julio. Los intereses de uno y otro eran encontrados puesto que el militar quería favorecer a sus tercios y el gobernante su territorio. Don Juan pidió al virrey soldados de Infantería, los mejor preparados, para embarcar en las galeras y, por tanto, en caso de ataque corsario poder defenderlas con éxito dada la misión que llevaban; Mondéjar, en cambio, le ofrecía gente del batallón sin ninguna experiencia en combate. Así va pasando el tiempo, don Juan argumenta al rey, quejándose de Mondéjar con razón, que: «Enviar a España cuatro galeras a por cuatrocientos mil ducados o más, y con ellas gente de batallón para sus guarda y defensa, yo lo tenía por de

⁴² Fernández de Navarrete, M.: *Vida de Miguel de Cervantes Saavedra*, op. cit., págs. 318 y 319.

tanto inconveniente que no me vendría en aconsejarlo, porque si se revolviere como lleva camino el mundo, podían salir a ellas de Marsella seis, y llevárselas, con lo que a nosotros nos quitarían la sustancia y la daría a los enemigos, que enviándolas como era razón bien apercebidas no había que temer».⁴³

Finalmente accede el virrey a ceder una compañía de Infantería, la de don Diego de Osorio de Rojas, para proteger las cuatro naves, entre estos soldados estaban Miguel y Rodrigo de Cervantes con viaje de ida puesto que tenían permiso para quedarse en España. A primeros de septiembre, en torno al seis o siete, los Cervantes embarcan en Nápoles en la galera *Sol* que navega junto con otras tres, según uso de la época, para defenderse mutuamente en caso de algún ataque enemigo. Se dirigen hacia el norte bordeando las costas italianas, llegan a Port-de-Buc, en el golfo de León, y tras partir de allí el día 18, una tormenta dispersa la flotilla quedando sola la *Sol*. Cuando se halla frente a las costas catalanas, entre Cadaqués y Palamós en el golfo de Rosas, el momento es aprovechado por tres naves argelinas que están al acecho; embisten y abordan a la *Sol* y, después de luchar los cristianos sin éxito ante el número de piratas, los corsarios, una vez tomado el barco, divisan al resto de las naves que vienen a auxiliar a su compañera por lo que abandonan la presa llevándose a los tripulantes. Miguel de Cervantes desde cubierta vería alejarse junto con las tierras españolas sus ilusiones de ser capitán pues, rápidamente, sus secuestradores toman rumbo sur hasta Argel adonde llegan a los tres días: comienza así su período de cautivo durante cinco años. Las vicisitudes de la captura las encontramos narradas, en parte, en el libro quinto de *La Galatea* y en su novela ejemplar *La española inglesa*.

En su obra póstuma, *Los trabajos de Persiles y Sigismunda* (Madrid, 1617), incluye una reflexión que, sin lugar a dudas, es un recuerdo final a estos años de milicia en los que el escritor cambió su etapa de estudiante en el Estudio de Madrid, que regentaba su maestro López de Hoyos, por su oficio de soldado de Infantería: «[...] porque no hay mejores soldados que los que se trasplantan de la tierra de los estudios en los campos de la guerra: ninguno salió de estudiante para soldado, que no lo fuese por extremo, porque, cuando se avienen y se juntan las fuerzas con el ingenio y el ingenio con las fuerzas, hacen un compuesto milagroso, con quien Marte se alegra, la paz se sustenta y la república se engrandece».⁴⁴ Cuando por

⁴³ Avalor-Arce, J. B.: «La captura de Cervantes», en *Boletín de la Real Academia Española*, n.º XLVIII, 1968, págs. 237-280.

⁴⁴ Cervantes Saavedra, M. de: *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*, Madrid: Alianza, 1999, pág. 347.

fin regrese a España después de cinco años de terrible cautiverio, Miguel de Cervantes, en contra de su voluntad, dejará de ser soldado de Infantería de los tercios españoles, no alcanzará a llegar a capitán pero ya en su patria la providencia le concederá ser el escritor que lleva la lengua española a su cumbre con *El Ingenioso Hidalgo don Quijote de la Mancha*, reconocida universalmente como la mejor obra literaria de todos los tiempos.

BIBLIOGRAFÍA

- Almirante, J.: *Diccionario militar*, 1872; reedición MINISDEF, 1989.
- Alvar Ezquerro, A.: *Cervantes. Genio y libertad*, Madrid: Temas de hoy, 2004.
- Astrana Marín, L.: *Vida ejemplar y heroica de Miguel de Cervantes Saavedra*, Madrid: Instituto editorial Reus, 1948-1958.
- Avalle-Arce, J. B.: «La captura de Cervantes», en *Boletín de la Real Academia Española*, n.º XLVIII, 1968, págs. 237-280.
- «La captura (Cervantes y la autobiografía)», en *Nuevos deslindes cervantinos*, Barcelona: Ariel, 1975, págs. 279-333.
- Azorín (José Martínez Ruiz): *Al margen de los clásicos*, Madrid: Residencia de Estudiantes, 1915.
- Billi di Sandorno, A.: «El cardenal Gaspar de Cervantes y Gaete, ignorado protector de Miguel de Cervantes Saavedra», en *Anales Cervantinos*, II, 1952, págs. 337-358.
- Canavaggio, J.: *Cervantes. En busca del perfil perdido*, Madrid: Espasa-Calpe, 1987.
- Cervantes Saavedra, M. de: *La Galatea*, edición, introducción y notas de F. Sevilla Arroyo y A. Rey Hazas, Madrid: Alianza, 1996.
- *El gallardo español*, edición, introducción y notas de F. Sevilla Arroyo y A. Rey Hazas, Madrid: Alianza, 1997.
- *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*, nueva edición crítica con el comentario refundido y mejorado y más de mil notas nuevas dispuestas por F. Rodríguez Marín, Madrid: Atlas, 10 tomos, 1947-1949.
- *Don Quijote de la Mancha*, edición del Instituto Cervantes, 1605-2005, dirigida por F. Rico, Madrid: Galaxia Gutenberg, 2005.
- *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*, edición de M. Fernández Nieto, Madrid: Biblioteca Nueva, 2006.
- *Novelas ejemplares*, Barcelona: Crítica, 2001.
- *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*, edición, introducción y notas de F. Sevilla Arroyo y A. Rey Hazas, Madrid: Alianza, 1999.
- *Poesías completas*, edición de Vicente Gaos, Madrid: Castalia, 1981.
- *Viaje del Parnaso*, edición y comentarios de M. Herrero García, Madrid: CSIC, Clásicos Hispánicos, 1983.
- Cotarelo y Mori, E.: *Efemérides cervantinas*, Madrid: Tipografía de la Revista de Archivos, 1905.
- Croce, B.: «Due illustrazioni al *Viaje del Parnaso*», en *Homenaje a Menéndez y Pelayo*, Madrid, 1899.
- Fernández Duró, C.: *Cervantes marino*, Madrid: Estrada, 1869.

- Fernández de Navarrete, M.: *Vida de Miguel de Cervantes Saavedra*, Madrid: Imprenta Real, 1819.
- García Pérez, teniente coronel: *Cervantes, soldado de la española Infantería*, folleto sin imprenta, lugar ni año.
- Hermúa, J.: *Cervantes administrador militar*, Madrid: Imprenta del Cuerpo Administrativo del Ejército, 1879.
- Lafuente, M.: *Historia General de España*, t. X, Madrid, 1888.
- Londoño, S. de: *Discurso sobre la forma de reducir la disciplina militar a mejor y antiguo estado*, Bruselas: Roger Velpius, 1589; reedición del Ministerio de Defensa, Madrid, 1993.
- López Alonso, A.: *Cervantes: manco y bien manco*, Alcalá de Henares: Publicaciones de la Universidad de Alcalá, 1997.
- López Navío, J.: «Un documento inédito sobre Cervantes», en *Anales Cervantinos*, IX, 1961-62.
- Morán, G.: *Vida de Miguel de Cervantes Saavedra*, Madrid: Imprenta de Segundo Martínez, 1867.
- Penna, M.: «Il lugar del esquife», en *Appunti cervantini, Annali della Facoltà di Lettere*, Perugia: Università di Perugia, II, 1964-65.
- Pérez Pastor, C.: *Documentos cervantinos hasta ahora inéditos*, Madrid: Establecimiento Tipográfico de Fortanet, 1902.
- Rodríguez Marín, F.: «Apéndices», t. IX de Cervantes Saavedra, M. de: *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*, nueva edición crítica con el comento refundido y mejorado y más de mil notas nuevas dispuestas por F. Rodríguez Marín, Madrid: Atlas, 1949.
- Sánchez, A.: «Estado actual de los estudios biográficos», en *Suma cervantina*, edit. por J. B. Avalle-Arce y E. Riley, Londres: Tamesis Books, 1973, págs. 3-24.
- Sliwa, K.: *Documentos de Miguel de Cervantes Saavedra*, Pamplona: Eunsa, 1999.
- *Vida de Miguel de Cervantes Saavedra*, Barcelona: Reichenberger, 2006.
- Torres, J. M.^a: «Aclaraciones a la vida de Cervantes», en *Revista de Valencia*, noviembre-diciembre de 1880.

Recibido: 26/08/2014

Aceptado: 23/09/2014